

En abril de 1904 recibí 3 hermosas fotografías de la morada de Sosa en Coyoacán, que me las envió como recuerdo de aquel lejano pasado. He vuelto á contemplar aquel corredor antiguo que parece claustro conventual, con las plantas que ocultan la vista del patio, oyendo el gorjeo de las avecillas que Sosa guarda prisioneras en jaulas; mientras él, solitario, se muestra meditando en una silla y á su lado el perro pequeño, su fiel compañero. Hoy está postrado por un accidente del tranvía eléctrico, y su última carta, que las recibo siempre, es consuelo de ausentes. La amplia sala, cuyo techo es tipicamente mexicano, es su gabinete de trabajo: allí están los estantes, con sus buenos libros, y sus paredes con los cuadros que adquirió en su viaje por Italia.

En 1890 me decía desde México: « grande ha sido la satisfacción que me ha causado su estimable carta del 19 (Julio de 1890) pues la única recompensa á que aspiramos los escritores hispano americanos es la de que nuestras obras alcancen la aprobación de los entendidos en la materia. Conservaré, pues, como un título de honra el juicio de V. sobre mi libro *El episcopado mexicano*, agraciando á V. muy sinceramente sus benévolas apreciaciones. » (1)

En 19 de julio escribía á mi hijo: « Mi amigo el señor Francisco Sosa me convidió á almorzar en Coyoacán el viernes 17 del mes en curso, y allí encontré, ó mejor dicho, fuimos juntos, el notable y estimado historiador

(1) Mi archivo. Francisco Sosa al plenipotenciario Quesada. *Méjico, 30 de julio de 1890.*